

## La estructura interestatal del sistema-mundo moderno\*

*Immanuel Wallerstein*

**D**esde la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo, la estructura interestatal del sistema-mundo moderno (convencionalmente materia principal de los estudiantes de relaciones internacionales) es simplemente una estructura institucional o un plano de análisis entre una serie que conjuntamente forman el marco de referencia integrado del sistema-mundo moderno. Este sistema-mundo, como todos los sistemas-mundo, es un sistema histórico regido por una lógica singular y un conjunto de reglas dentro y a través de las cuales las personas y los grupos luchan entre sí en busca de sus intereses y de acuerdo con sus valores. Según esta perspectiva, sólo se puede realizar el análisis pertinente de la geopolítica dentro del contexto del funcionamiento del sistema-mundo moderno como totalidad y a la luz de su particular trayectoria histórica.

\* Preparado para el volumen compilado por Steve Smith, Ken Booth y Marysia Zalewski (de próxima aparición en Cambridge University Press). Este texto se ha enriquecido mucho con la lectura atenta de Terence K. Hopkins. Traducción de Isabel Vericat.

Por tanto, primero esbozaré la estructura y el desarrollo histórico del sistema-mundo moderno como totalidad y después describiré el funcionamiento del sistema interestatal en particular, finalizando con un análisis de la trayectoria presente y futura del sistema-mundo moderno en general y de su sistema interestatal en particular.

## EL SISTEMA-MUNDO MODERNO

El sistema-mundo moderno no es el único sistema-mundo que ha existido. Hubo muchos otros. No obstante, es el primero que se organizó y fue capaz de consolidarse a sí mismo como una economía-mundo capitalista. Aunque si bien en sus comienzos se formó primordialmente en (parte de) Europa, su lógica interna lo impulsó a buscar la expansión de sus fronteras externas. A lo largo de cuatro siglos, resultó lo bastante duradero y fuerte como para ser capaz repetidas veces de incorporar nuevas zonas y pueblos a su división del trabajo hasta que, hacia finales del siglo XIX, su organización de procesos de trabajo integrados cubrió eficazmente todo el globo, siendo así el primer sistema-mundo en la historia en lograr esta meta.

La economía-mundo capitalista es un sistema socialmente estructurado por una división axial integrada, cuyo principio rector es la incesante acumulación de capital. El mecanismo clave que realiza este principio ha sido la construcción de cadenas extensivas de producción de mercancías que cruzan múltiples fronteras políticas. Las cadenas consisten, conceptual e históricamente, en series de operaciones que son significativas como nodos en una cadena. Las condiciones que prevalecen en los múltiples nodos de cada cadena varían con el transcurso del tiempo, así como las condiciones de cualquier nodo respecto a las de cualquier otro. Algunos nodos han contenido múltiples productores en múltiples países; otros han sido relativamente monopolizados por unos cuantos productores. En algunos nodos, la fuerza de trabajo ha sido reclutada primordialmente mediante el pago de salarios. En otros, los patrones han utilizado una diversidad de modos más coercitivos y menos caros para controlar la fuerza de trabajo. La ganancia suele obtenerse en todos los nodos a lo largo de la cadena, pero una ganancia mayor es consecuencia de un grado superior de monopolización en un nodo en particular.

Las actividades de los nodos que rinden más ganancias han tendido a concentrarse geográficamente en unas cuantas zonas relativamente pequeñas de la economía-mundo, a las que podemos llamar colectivamente la zona núcleo. Los nodos que rinden menos ganancias tienden a que sus unidades de actividad económica se localicen de un modo más disperso geográficamente, y muchas de estas unidades están en una zona mucho

más amplia que podemos llamar zona periférica. Pero mientras que el núcleo y la periferia son términos de origen y consecuencias geográficos, aquí no se utilizan como términos principalmente espaciales sino más bien como términos relacionales. Una relación núcleo-periferia es la relación entre los sectores más monopolizados de producción, por una parte, y los más competitivos, por otra, y por tanto la relación entre actividades de producción de alta ganancia (y generalmente alto salario) y baja ganancia (con bajo salario). Es una relación entre capital mundial y fuerza de trabajo mundial, pero es también una relación entre los capitalistas más fuertes y los más débiles. La consecuencia más importante de la integración de ambas clases de actividades es la transferencia de plusvalía desde el sector periférico al sector nuclear, es decir no sólo de los obreros a los propietarios, sino de los propietarios (o controladores) de las actividades productivas periféricas a los propietarios (o controladores) de las actividades nucleares, los grandes capitalistas.

Como las calidades de núcleo y periferia son relacionales, no están necesariamente ni siempre geográficamente separadas. Ambas clases de actividad pueden coexistir dentro del mismo kilómetro cuadrado. Pero hay una serie de buenas razones para que, en la práctica, haya habido tendencia a un alto grado de segregación espacial, con una densa concentración de actividades de núcleo en unos cuantos lugares mientras que otros albergan principalmente actividades periféricas. La cualidad de núcleo o de periferia tampoco tiene que ver inherentemente con clases particulares de actividad económica. Importa poco si la actividad es o no de transformación (agrícola, industrial) o de servicio (de mercancías, de información, de transporte, financiero).

En ciertos momentos y bajo determinadas condiciones, cualquiera de estas actividades puede ser nuclear o periférica, de alta ganancia o de baja ganancia. Lo que importa ante todo es en qué medida la actividad está (puede estar) relativamente monopolizada en un punto determinado del tiempo. Los empresarios con éxito (capitalistas) distinguen qué clases de actividades económicas tienen la posibilidad, a corto plazo, de un alto grado de monopolización, y qué productos de éstas tienen o pueden ser inducidos a tener una demanda considerable. Un capitalista con éxito no tiene un compromiso intrínseco con un producto, un lugar, un país y un tipo de actividad económica. El compromiso es con la acumulación de capital. Por tanto, el capitalista variará el *locus* del compromiso económico (producto, lugar, país, tipo de actividad) en la medida en que cambien las oportunidades de maximizar los réditos de las actividades empresariales.

Esto significa que un mercado capitalista, por definición, no puede ser *nunca* ni un mercado totalmente libre ni un mercado totalmente cerrado y administrado. La incesante acumulación de capital requiere precisamen-

te de algo intermedio: un mercado parcialmente libre. Este tipo de mercado es el resultado, por una parte, de los esfuerzos de algunos actores económicos poderosos por conseguir monopolios relativos mediante la combinación de la eficiencia productiva y la influencia política y, por otra, de los esfuerzos contrarios realizados por otros actores para romper o diluir esos monopolios mediante la combinación de eficiencias productivas alternativas e influencia política. Por tanto, se crean y diluyen monopolios constantemente. No obstante, en todo momento a lo largo del tiempo existen algunos monopolios y de ahí que el mercado mundial nunca haya sido ni pueda ser más que parcialmente libre. Si fuera de otro modo, las altas tasas de ganancia no podrían existir y, en este caso, la incesante acumulación de capital ya no sería posible.

Sólo el sistema-mundo moderno (la economía-mundo capitalista) ha desarrollado una estructura política compuesta de Estados, cada uno de los cuales proclama el ejercicio de su "soberanía" en una zona geográfica delimitada y que, colectivamente, están vinculados entre sí en un sistema interestatal. En realidad, esa estructura política es el único tipo de estructura que puede garantizar la persistencia del mercado parcialmente libre, que es el requisito clave de un sistema basado en la incesante acumulación de capital. El capitalismo y el sistema-mundo moderno no fueron dos invenciones (o concepciones) históricas separadas que hubiera que encajar o articular entre sí. Eran caras opuestas de una misma moneda. Ambos eran partes de un conjunto de una sola pieza. Ninguno es imaginable sin el otro. Ambos se desarrollaron simultáneamente y no podrían seguir existiendo uno sin el otro.

Uno de los aspectos cruciales de las estructuras económicas capitalistas mundiales y de los Estados es el moldeamiento perpetuo de una fuerza de trabajo mundial que *a*) esté disponible, *b*) sea reubicable y *c*) no sea demasiado costosa. Se trata de una estructura muy complicada de desarrollar, sobre todo porque las fuerzas de trabajo tienen puntos de vista propios acerca de la disponibilidad, reubicabilidad y costo que deben tener. Huelga insistir en que los puntos de vista de la fuerza de trabajo mundial sobre estos temas suelen estar en conflicto directo con los puntos de vista de los propietarios o controladores de las estructuras económicas, así como con los puntos de vista de dirigentes políticos y burócratas. En realidad, a los obreros casi siempre hay que inducirlos a hacer el trabajo requerido por las empresas capitalistas (mediante una combinación de incentivo, castigo e ideología), sobre todo si se quiere que trabajen en un momento específico, en un lugar específico y en una tarea específica por una remuneración específica.

El uso de castigos en nombre de las empresas por parte de los Estados, que son los que controlan la mayoría de los castigos, es obvio y se ha traducido a sí mismo en la instauración de formas múltiples de fuerza de

trabajo coercitivas, sobre todo en la zona periférica. La intervención estatal ha asumido también la forma de proscribir o de obstaculizar la organización de clase de los obreros. Pero los castigos tienen sus costos, aun cuando no todos esos costos (ni siquiera la mayor parte) sean asumidos por los empleadores directos de los obreros coaccionados o intimidados. Por tanto, la creación de instituciones autoimpulsadas, cuyo funcionamiento podría alcanzar los mismos resultados, primero complementó y, después, en buena medida, suplantó el uso de la coerción estatal directa por parte de los patrones.

La institución clave que se ha creado es la unidad doméstica con un fondo común de ingresos, una unidad por lo general de tres a diez personas de todas las edades y de ambos sexos que acumulan ingresos de múltiples tipos a lo largo de un periodo. Obviamente, las personas entran y salen de esas unidades domésticas todo el tiempo, tanto por nacimiento y muerte como por decisión social. Esas unidades domésticas no son lo mismo que los diversos tipos de unidades tradicionales de parentesco (generalmente, mucho más amplias) de los sistemas históricos previos.

Esas unidades domésticas están organizadas en términos de sobrevivencia económica en una economía-mundo capitalista. El ingreso salarial es sólo una de las cinco clases de ingreso que tales unidades domésticas obtienen y, en la mayoría de las unidades domésticas en las economías-mundo capitalistas, el ingreso salarial constituye menos de la mitad de su ingreso total. Las otras cuatro clases de ingreso con que contribuyen los miembros de la unidad doméstica son pequeños ingresos mercantiles, ingresos autoproducidos (la llamada subsistencia), rentas y pagos de transferencia. Todos los miembros de la unidad doméstica, desde los niños pequeños hasta las personas de edad, aportan algún ingreso y muchos (incluso la mayoría) de los miembros de la unidad doméstica aportan varias clases de ingreso.

La estructura del fondo común de ingresos de una unidad doméstica determina la disponibilidad, la reubicabilidad y el precio de la fuerza de trabajo que cualquier unidad doméstica destinará al empleo analizado. La situación óptima desde el punto de vista de los que contratan la fuerza de trabajo asalariada es conseguir trabajadores asalariados de unidades domésticas que no estén en condiciones de dedicar la mayor parte de su fuerza de trabajo al trabajo asalariado. A esas unidades domésticas las denominamos semiproletarias. Es típico que el trabajador asalariado en la unidad doméstica semiproletaria reciba salarios que están *por debajo* del rendimiento por hora del esfuerzo de trabajo necesario para la reproducción de la unidad doméstica. En este caso, en realidad la unidad doméstica se está reproduciendo a sí misma a partir de un rendimiento superior por hora procedente de otras actividades productoras de ingre-

so. De facto, esto significa una transferencia de excedente al patrón por parte del trabajador asalariado, producto de las otras actividades laborales de la unidad doméstica. Esto parte del supuesto de que, a pesar del nivel mínimo inferior del salario, la unidad doméstica no puede prescindir totalmente del trabajo asalariado puesto que necesita este ingreso salarial, por muy mal pagado que esté, para la sobrevivencia.

Este tipo de sistema garantiza que el trabajador asalariado seguirá recibiendo un bajo nivel de pago, lo cual a su vez hace posible que los empleadores de actividades periféricas obtengan ganancias a pesar del alto nivel de competencia en su sector. Pero asegurar que las unidades domésticas estén en esa posición (en la necesidad de ofrecer *alguna parte* de su tiempo de trabajo al trabajo asalariado, pero sin poder utilizar *la mayor parte* de su tiempo de trabajo en el trabajo asalariado) exige no sólo el papel activo del(los) Estado(s) en el(los) que se ubica la unidad doméstica, sino también del sistema interestatal como totalidad. Y sin esa intervención activa y repetida, la relación núcleo-periferia se desmoronaría.

No obstante, a su vez, el hecho de que la gran mayoría de la población, en algunos Estados, esté ubicada en esas unidades domésticas semiproletarias, sostiene el tipo de estructuras políticas que hacen sumamente difícil que los gobiernos de esos mismos Estados desafíen las estructuras geopolíticas del sistema-mundo. A la inversa, el hecho de que en otros Estados la mayoría de las unidades domésticas sean proletarias sostiene la clase de estructuras estatales que permiten que esos Estados afirmen su poder en el sistema-mundo.

Los Estados semiperiféricos son aquellos que combinan dentro de sus fronteras una mezcla significativa de actividades económicas nucleares y periféricas. A medida que los gobiernos intervienen activamente, son capaces en general de mantener esa mezcla, a pesar de los patrones siempre cambiantes de las actividades de producción que amenazan constantemente con redefinir la mezcla interna de los países semiperiféricos en dirección a la periferalización. Por lo regular, los países semiperiféricos luchan duramente para conservar su lugar. Una de las maneras que tienen para lograrlo es manteniendo y expandiendo el porcentaje de unidades domésticas proletarias dentro de la estructura estatal. Mucho de lo que se llamó "socialismo" y "desarrollo económico" en el siglo XIX implicó esencialmente tales intentos de promover la proletarianización.

La proletarianización se ha concebido usualmente como un proceso impuesto a trabajadores renuentes. En cierto sentido, sin duda es así. En la mayoría de los casos, la proletarianización ha requerido la desruralización y, por tanto, el desarraigo (a lo largo quizá de una generación o dos) de poblaciones previamente agrícolas. Pero la proletarianización de una unidad doméstica no es en general un proceso negativo desde el punto de vista



de la unidad doméstica porque las unidades domésticas proletarias tienen típicamente ingresos superiores a las semiproletarias (ya sean urbanas o rurales). En primer término, la proletarización, por definición, limita la cantidad de excedente disponible del ingreso no asalariado y por tanto eleva sustancialmente los salarios por hora mediante el trabajo asalariado, si la unidad doméstica sobrevive. En segundo término, las unidades domésticas proletarias (urbanas) están en una posición más fuerte para crear organizaciones sindicales en defensa de sus intereses. Y esto, a su vez, las vuelve más dispuestas a participar en movimientos antisistémicos.

La construcción de una división axial del trabajo, el establecer cadenas transestatales de bienes de consumo, el ascenso de la soberanía como la característica que define la estatalidad, la creación de una estructura interestatal, el desarrollo de unidades domésticas con fondo común de ingresos, etc., fueron todos rasgos de la historia temprana del sistema-mundo moderno (siglos XVI-XVIII) y estaban ya instaurados en su totalidad antes de la llamada revolución industrial. A pesar de todo, la estructura general aún no estaba completa. El sistema carecía de una geocultura unificadora que pudiera contener sus fuerzas centrífugas. Fue la revolución francesa la que catalizó las múltiples presiones para establecer este tipo de geocultura.

Durante tres siglos, los valores dominantes dentro de la economía-mundo capitalista estuvieron en conflicto parcial con las fuerzas dominantes económicas e incluso políticas en el sistema-mundo moderno. El resultado fue una creciente fragilidad de las principales estructuras que finalmente explotaron en la revolución francesa. Ésta cambió relativamente poco de las estructuras económicas tanto de Francia como del sistema-mundo. Cambió poco de la estructura estatal de Francia (Tocqueville demostró hace tiempo hasta qué punto las reformas de los jacobinos y de Napoleón fueron la continuación y la promoción del trabajo de Richelieu y de Colbert) o en el sistema interestatal (el Congreso de Viena simplemente amplificó las estructuras ya establecidas por el Tratado de Westfalia).

El efecto sísmico de la revolución francesa y de su secuela napoleónica ocurrió en la transformación de las mentalidades. Dos conceptos obtuvieron amplia aceptación popular: la normalidad del cambio político y la soberanía del pueblo. Ninguno de estos conceptos era nuevo, pero ni uno ni otro tuvieron antes un significado importante. El cambio político siempre había sido, por supuesto, históricamente normal. Pero en términos culturales había sido tradicionalmente ilegítimo. Siempre que ocurría un cambio, los nuevos detentadores del poder negaban que éste hubiese ocurrido; definían el acontecimiento como la restauración de un orden que había sido usurpado o corrompido. De pronto, la gente estaba dispuesta a decir lo contrario: el cambio político es legítimo, normal, incluso deseable. Y una vez que este punto de vista se difundió, la consecuencia habría de ser que con cada rotación (así fuera pequeña) en el control del poder, los nuevos detentadores del mismo exaltarían el cambio, aun cuando hubiera habido poco cambio real.

La soberanía era en sí misma uno de los conceptos definitorios del sistema-mundo moderno. Se suponía que cada Estado era soberano y que tenía un soberano. Durante tres siglos, el soberano típico había sido el monarca absoluto, un invento del siglo XVI. La revolución francesa fue una lucha contra el monarca absoluto como soberano; el soberano sustituto que la revolución ofreció fue “el pueblo”. Esta idea también arraigó. Incluso con la derrota de Napoleón, con la llamada restauración de Luis XVIII y con la creación de la Santa Alianza no fue posible erradicar el creciente compromiso hacia el concepto de soberanía popular.

La geocultura del sistema-mundo moderno se forjó como reacción a la aceptación siempre creciente de la normalidad del cambio político y de la soberanía popular. Porque ambas ideas, cuando se apareaban, representaban el peligro más grave para la sobrevivencia de la economía-mundo capitalista: el peligro de la democratización. La respuesta de los poderosos a los peligros de la democratización se buscó en tres terrenos institucionales: la invención de las ideologías; la reconstrucción del



sistema de conocimiento y el triunfo del cientificismo y la domesticación de los movimientos antisistémicos. La herramienta necesaria para hacerlo fue la construcción de una geocultura edificada en torno a una antinomia simbiótica: universalismo por una parte y racismo-sexismo por la otra.

Las ideologías fueron básicamente un conjunto de estrategias políticas para hacer frente a la penetración de esas dos nuevas ideas. La primera en surgir, casi de inmediato, fue el conservadurismo. En su versión original, que se hizo manifiesta primordialmente en el periodo 1789-1830, el conservadurismo consistió en el rechazo total de ambas ideas en nombre de la preservación de la sabiduría colectiva acumulada a lo largo del tiempo y encarnada en la práctica y en los valores de grupos sociales tradicionales: la monarquía, la nobleza (o más generalmente las órdenes), la Iglesia, la comunidad, la familia. El Estado activo como una estructura abstracta de los grupos tradicionales y, *a fortiori*, el Estado como el reflejo de la suma de voluntades individuales (soberanía popular), se veía como una aberración y una abominación. No obstante, frente al rechazo social masivo de estas premisas, después de 1830 y, sobre todo a partir de 1848, el conservadurismo adoptó un cariz más moderado. Predicó la política de la prudencia. Abogó por la norma del cambio mínimo, el cual debía emprenderse sólo cuando estuviera cuidadosamente justificado, y por la guía de la voluntad popular a través de los portadores de mensajes tradicionales.

Contra el conservadurismo surgió el liberalismo como defensor ostensible de las dos nuevas ideas. Los liberales aceptaron de buena gana la normalidad del cambio pero no asumieron que cualquiera ni todo cambio fuera deseable. Más bien hicieron manifiesto el tema del cambio *racional*, cambio cuidadoso (pero el cuidado estaba en su planificación más que en su justificación, como planteaban los conservadores). Los liberales proclamaron la fe iluminista en la deseabilidad e inevitabilidad del progreso. Para los liberales, la estrategia política correcta fue por tanto abrazar el cambio, alentando la reforma racional de instituciones y prácticas pasadas de moda. Para los liberales, libertad individual y tecnología llevaban la delantera mano a mano.

Los liberales no estaban seguros de qué decir sobre la soberanía popular. Contra los conservadores, ellos defendían el concepto en principio. Pero en la práctica les desalentaba la perspectiva de que personas sin educación (y por tanto, para los liberales, inevitablemente irracionales, o como mínimo no óptimamente racionales) controlaran las decisiones políticas. En consecuencia, predicaban la expansión de la educación (para hacer más racionales a las masas) y la concesión a expertos (en la práctica a tecnócratas) del liderazgo en busca de la reforma, dando por supuesto que de este modo las reformas serían racionales (lo que, en la práctica, significaba que éstas fueran limitadas y no demasiado rápidas).

Al principio, los liberales alzaron la bandera solos contra los conservadores pero, gradualmente, surgió una tercera ideología como reacción a la equivocación liberal. Para esta tercera ideología no había un nombre obvio al principio. Este grupo se llamó de diversas maneras, republicanos, radicales, socialistas, pero sobre todo demócratas. Porque el meollo de su posición era tomar seriamente a la democracia, querer verdaderamente el cambio político y querer que ocurriera lo más rápido posible, así como desear realmente la soberanía popular efectiva (sin ningún lugar especial ni para los líderes tradicionales ni para los expertos).

La revolución del sistema-mundo de 1848 marcó un viraje en la historia de las tres ideologías. Por un breve momento, los demócratas parecieron ganar terreno, pero después fueron reprimidos. Los defensores de cada una de las tres ideologías aprendieron grandes lecciones de las luchas políticas de 1848-1852. Los conservadores aprendieron la explosividad política y el vigor de las fuerzas democráticas. De esto sacaron dos lecciones. Una fue que tenían que enterrar para siempre la versión extrema de su ideología, la restauración del *ancien régime*, y contentarse con lo que ahora llamamos conservadurismo (máxima conservación en medio de un cambio prudente y limitado). Esto significaba, entre otras cosas, que era insostenible una visión tipo Santa Alianza del sistema interestatal. La segunda lección que aprendieron fue que era políticamente peligroso permitir que los liberales y demócratas se aglutinaran. Y a fin de impedir ese aglutinamiento, o coalición, iba a ser necesario disminuir su propia distancia ideológica de los liberales, incluso de vez en cuando ser más reformistas que los propios liberales (la estrategia Peel-Disraeli-Napoleón III-Bismarck).

Los demócratas aprendieron a su vez que la explosividad política no era garantía de éxito político y que la espontaneidad tenía muchas desventajas políticas. También aprendieron que cualquier alianza con los liberales era frágil y que tenían sólo dos opciones reales: romper con los liberales con el riesgo del aislamiento, o apaciguarlos con el riesgo de debilitar el impulso a la democratización. La conclusión que sacaron los demócratas/socialistas fue que necesitaban organizar sus propios movimientos como movimientos estructurados a largo plazo (eventualmente burocratizados) para crear la presión necesaria que realizara la transformación social que ellos defendían.

Sin embargo, los liberales sacaron la lección más importante de todas. Aprendieron que, al tratar de maniobrar un curso moderado en favor de una reforma racional y limitada, tenían a un tigre agarrado por la cola. Sacaron la conclusión de que, a largo plazo, sólo podían tener éxito mediante lo que en el siglo XX acabó llamándose política de consenso. Esto significaba que tenían que impulsar tanto a conservadores como a demócratas/socialistas más hacia el centro, es decir más cerca de los

liberales. El secreto del éxito liberal en la Europa/Norteamérica del siglo XIX y en el mundo del siglo XX fue esa estrategia liberal de política de consenso basada en una dosis coherente de reformas. Esta estrategia política liberal se convirtió en uno de los pilares de la geocultura del sistema-mundo.

El segundo pilar fue la reconstrucción del sistema de conocimiento. El desplazamiento de la filosofía por la ciencia como modelo de organización había ocurrido más o menos firmemente durante tres siglos, pero fue sólo en el XIX cuando el desplazamiento se realizó plenamente. Las universidades fueron reanimadas para que proporcionaran las bases institucionales para el florecimiento del cientificismo, anclado en la creación de “disciplinas” en torno a cursos específicos en la universidad. Las ciencias naturales contribuyeron de un modo espectacular a mejorar el sistema de producción de innumerables maneras, lo que contribuyó a validar la legitimidad de esas disciplinas. Las nuevas versiones de las humanidades (en particular los programas sobre literaturas nacionales que sólo llegado este punto se volvieron objeto legítimo de estudio) sirvieron para apuntalar la conciencia nacional, la cual era alentada por los Estados liberales para reforzar la política de consenso y legitimar la autoridad del Estado. Y las ciencias sociales “intermedias” se desarrollaron con la esperanza y la expectativa de que serían capaces de ofrecer una base científica o de conocimiento para la manipulación racional del mundo social, es decir, para emprender reformas políticas y sociales, y también para conseguir una represión más eficaz.

El tercer pilar de la geocultura liberal fue la despolitizada incorporación política de las clases peligrosas, lo cual podría llamarse también domesticación de los movimientos antisistémicos. En el siglo XIX, estos movimientos asumieron dos formas principales: los llamados movimientos sociales (o socialistas), que organizaron a los trabajadores urbanos, y los llamados movimientos nacionalistas, que organizaron “nacionalidades” en busca de derechos políticos y/o autonomía/independencia. Aunque el apoyo a ambas clases de movimientos a veces se superponía, en la mayoría de los casos organizaba a diferentes bases electorales. Pero lo que compartían era una fuerte percepción de que el actual régimen político en el que estaban ubicados era opresivo e injusto, que el grupo oprimido necesitaba organizarse para el cambio “revolucionario” y que la obtención de poder estatal era el primer paso esencial para lograr el tipo de cambio que querían.

Los liberales combatieron este programa con otro de cambio político dirigido a “incorporar” a esas “clases peligrosas” al sistema político, eliminando de este modo su deslealtad al programa liberal de reforma racional ejecutado por expertos. Los liberales formularon un programa a largo plazo basado en tres elementos: el sufragio, el Estado benefactor y



el patriotismo ciudadano. Como sabemos, para 1914 en Europa/Norteamérica la mayoría de los países tenían sufragio universal (masculino), el inicio de un Estado benefactor y un código desarrollado de patriotismo popular inculcado en buena medida a través del sistema escolar (obligatorio) y del servicio en las fuerzas armadas (exigido en la mayoría de estos países a los hombres jóvenes). Este programa liberal fue instaurado no sólo por partidos políticos liberales, sino con frecuencia por la acción preventiva de los partidos conservadores y/o bajo la presión de los partidos socialistas. A pesar de todo, era un programa liberal y en esos países representaba la realización en 1914 del consenso liberal, sirviendo de hecho en muchos de los casos para convertir a los movimientos antisistémicos en oposiciones parlamentarias moderadas o, incluso, en participantes en los regímenes gubernamentales, sin modificar de ningún modo significativo la capacidad de los Estados, ni individual ni colectivamente, a través del sistema interestatal de garantizar las condiciones para la incesante acumulación de capital.

Los tres pilares servían también para opacar la antinomia simbólica y simbiótica básica de ese consenso liberal: la búsqueda simultánea de universalismo, por una parte, y de racismo-sexismo por otra. A mediados del siglo XIX, el universalismo se había convertido en el valor organizativo

central y ostensible de la economía-mundo capitalista. Se decía que la ciencia consistía en el establecimiento de leyes universales y esas leyes eran igualmente verdaderas para todos los procesos idénticos. Se decía que los científicos eran investigadores desinteresados que trataban de establecer esas leyes universales, preferentemente con elegancia, en forma simple y cuantificada. En la medida en que esas leyes universales eran conocidas, los científicos (y los ingenieros) supuestamente las usarían para crear aplicaciones de beneficio universal.

Se decía que el Estado liberal era la aplicación de esos principios universales a la organización política. El principio de los derechos individuales universales eliminó en teoría cualquier privilegio inadecuado (o sea, cualquier ventaja que no se hubiera ganado a través de un logro actual). El sufragio era el reflejo de este principio. Y, por último, el libre mercado era supuestamente el garante de que sólo la eficiencia productiva sería pertinente al intercambio de mercancías producido mediante la división del trabajo. El libre mercado era, en teoría, igualmente accesible a todos como compradores o vendedores y sus normas eran universalmente válidas.

Los resultados de esos principios universales fueron manifiestamente desiguales en términos de justicia distributiva, dentro y entre los diversos Estados. (También era cierto, aunque aún no se reconociera, que las premisas de la ciencia no eran plausibles y sí nocivas para un progreso científico a largo plazo.) Además, como se explicó con anterioridad, un auténtico mercado libre y/o un auténtico Estado democrático pronto harían inviable la *raison d'être* subyacente e implícita de la economía-mundo capitalista, la incesante acumulación de capital, que exige mercados monopolizados, la asignación del trabajo a sectores remunerados desigualmente según la división del trabajo y una estabilidad política razonable.

En realidad, el triunfo de los valores universalistas socavó el sistema en la medida en que eliminó justificaciones previas en favor de un lugar de trabajo jerárquico y de un sistema político jerárquico. El problema era cómo mantener/restaurar la jerarquía sin renunciar al universalismo, un componente necesario de la geocultura. La respuesta fue la institucionalización del racismo y del sexismo. Ni la xenofobia ni la opresión de género eran nuevas en la historia del mundo. Pero es sólo con el surgimiento de los valores universalistas cuando la institucionalización y teorización del racismo y el sexismo se convirtieron en una necesidad urgente en lugar de usar simplemente los mecanismos tradicionales de opresión.

Racismo y sexismo desempeñaron papeles análogos pero distintos en la geocultura. El racismo fue esencialmente el mecanismo mediante el cual los valores universalistas se hicieron en la práctica aplicables *ad*

*interim* a un solo grupo definido por la raza (color de piel, religión, ciudadanía o cualquier otra distinción útil localmente). El racismo no era un mecanismo de exclusión, sino más bien un mecanismo para justificar la inclusión en la fuerza de trabajo y en el sistema político en un nivel de remuneración y de estatus tajantemente inferior al de cualquier grupo amplio. El sexismo tenía el mismo objetivo, pero lo alcanzaba a través de una vía diferente. Restringiendo a las mujeres a ciertas formas de producción de ingreso y definiendo tales formas como no-trabajo (el concepto de "ama de casa"), el sexismo promovió la unidad doméstica semiproletaria y de ahí, como ya lo hemos analizado, trabajó para reducir los niveles salariales en sectores muy amplios de la economía-mundo. Además, en la medida en que las mujeres (y los niños) eran utilizadas como trabajadoras asalariadas, recibían salarios mucho más bajos, lo cual se justificaba con el sexismo.

Lo mismo que en el caso del racismo, el sexismo se definía sin violación alguna de los principios del universalismo, ya que se decía que los sexos eran esencialmente diferentes, y por eso hombres y mujeres (como blancos y negros, o blancos y todos los demás) no eran entidades comparables en términos de la aplicación de leyes universales. La antinomia universalismo/racismo-sexismo sirvió por tanto para mantener un cuidadoso equilibrio entre dos extremos, cualquiera de los cuales era sumamente disfuncional para la acumulación de capital, así como el mercado parcialmente libre permanecía entre los extremos del mercado totalmente libre y del totalmente administrado.

#### EL SISTEMA INTERESTATAL

El funcionamiento normal de cualquier sistema histórico es simultáneamente cíclico y secular, tanto sistémico (y por tanto con presiones homeostáticas) como histórico (y por tanto siempre moviéndose en una dirección lejana al equilibrio). El ritmo cíclico clave en términos del sistema mundial de producción es el llamado ciclo Kondratief (50-60 años de duración en promedio), que expresa el proceso de crear los importantes monopolios (que forman la fase A del ciclo) y de deshacerlos a consecuencia del ingreso excesivo en el mercado de nuevos proveedores (que forman su fase B).

Sin embargo, las estructuras interestatales están regidas por un proceso cíclico más largo y que podemos llamar ciclo hegemónico. Así como la acumulación de capital está maximizada en el sistema-mundo moderno cuando opera en la *vía media* de un mercado parcialmente libre y dentro de un sistema de valor regido por una tensión entre universalismo y sexismo-racismo, de igual forma se maximiza la acumulación de capital

cuando las estructuras interestatales no giran ni hacia el extremo de un imperio-mundo (una sola estructura política omnicompreensiva) ni hacia el extremo de la relativa anarquía derivada de una situación en la que hay múltiples “grandes potencias”, todas con similar fuerza general (militar/política/económica/social). La situación ideal, en términos de acumulación de capital para el sistema en su conjunto, es la existencia de una potencia hegemónica, lo bastante fuerte como para definir las reglas del juego y para vigilar que se cumplan casi todo el tiempo. Cuando la rivalidad es sustituida por la hegemonía como condición sistémica, esto no significa que la potencia hegemónica pueda hacer lo que sea, sino que puede impedir que otras hagan cosas que alterarían significativamente las reglas.

La búsqueda de hegemonía en el sistema interestatal es análoga a la búsqueda del monopolio en el sistema de producción mundial. Es una búsqueda de la ventaja que nunca se logra del todo. Por tanto, nos podemos plantear tres preguntas sobre la hegemonía. ¿Cómo un Estado determinado alcanza una posición lo bastante fuerte ante otras potencias fuertes de suerte que podemos llamarlo hegemónico? ¿Qué tipos de políticas persiguen las potencias hegemónicas? ¿Por qué una potencia hegemónica pierde su hegemonía? La historia de las “relaciones internacionales” del sistema-mundo moderno proporciona respuestas a cada una de estas preguntas.

¿Qué se necesita para que un Estado determinado tenga pretensiones de hegemonía en el sistema-mundo moderno? Aunque suene extraño, el requisito primordial al inicio no es la fuerza militar, si bien la adquisición de fuerza militar es un logro crucial en el proceso. Ha habido sólo tres potencias hegemónicas en la historia del sistema-mundo moderno: las Provincias Unidas a mediados del siglo XVII, el Reino Unido a mediados del siglo XIX y Estados Unidos a mediados del siglo XX. Cada una de ellas fue hegemónica sólo brevemente. El logro más significativo de cada una en el camino a la hegemonía fue la primacía en la eficiencia productiva dentro de la economía-mundo. Una de las razones de que fueran capaces de lograr esa superioridad fue el hecho de que durante ese periodo ninguna invirtió mucho en la creación de un numeroso ejército. No obstante, todas crearon una amplia marina mercante que, además de su función económica obvia, soportaba la capacidad del Estado para sostener una amplia fuerza naval. Es muy probable que un factor clave en la capacidad del Estado que venciera en la lucha por lograr la hegemonía (venciera contra su principal rival) fuera el hecho de que no hubiera invertido en un ejército numeroso.

Las eficiencias productivas hicieron posible históricamente las eficiencias comerciales, que a su vez apoyaron el logro de eficiencias financieras. Aunque este ascenso en las eficiencias relativas fuera parcialmente un



producto directo de transacciones de mercado, nunca fue sólo eso. Siempre exigió el uso del poder estatal para crear ventajas no generadas por el mercado para el poder hegemónico putativo. Fue un proceso de acumulación de ventajas y de convertirlas en una posición estructuralmente privilegiada. En realidad, en cada caso, la fase final de la lucha por la hegemonía implicaba un importante encuentro militar, al que podemos llamar genéricamente una “guerra de treinta años”. Esa guerra es diferente a las frecuentes guerras localizadas, que suelen ser entre dos potencias, o a las guerras de Estados fuertes frente a otros muy débiles (guerras de conquista o de casi-conquista). Las “guerras de treinta años” involucran a lo largo del tiempo (no siempre simultáneamente) a *todas* las potencias militares principales e implican la destrucción física masiva (y en consecuencia, la destrucción de instalaciones de producción). Cada una de las guerras de esos tres tipos que ha habido —la guerra de Treinta Años original, 1618-1648; las guerras revolucionarias y napoleónicas, 1792-1815; la primera y segunda guerras mundiales, 1914-1945— fueron esporádicas y no continuas, vieron cómo los Estados cambiaban de bando en plena guerra contradiciendo sus proclamados compromisos ideológicos, y terminaron en la victoria definitiva de uno de los contendientes principales. En cada caso, la potencia mar/aire derrotó a la potencia con base



terrestre. En cada caso, la potencia comprometida en mantener la estructura básica de una economía-mundo capitalista venció a la potencia que empujaba en dirección a la transformación del sistema para convertirlo en un imperio-mundo. En cada caso, esta guerra de treinta años fue el factor decisivo para lograr la marcada superioridad necesaria en la eficiencia productiva dentro de la economía-mundo en su conjunto y, en particular, en relación con el rival principal. En cada caso, la guerra en sí aumentó enormemente la fuerza militar de la potencia hegemónica putativa. Y en cada caso, el impulso a lograr un estatus hegemónico había sido un proceso muy largo, extendiéndose por lo menos durante varias décadas.

El fin de cada una de estas guerras de treinta años marcó una etapa significativa en la construcción del sistema interestatal: el Tratado de Westfalia, el Concierto de Europa y las Naciones Unidas. Cada vez, la potencia hegemónica trató de crear un orden en el sistema que garantizara su ventaja económica a largo plazo. El dilema para la potencia hegemónica era muy simple. Debido a sus eficiencias, los productores del poder hegemónico se beneficiaban a corto plazo de la maximalización de un mercado mundial libre. Pero como las eficiencias productivas se pueden llegar a igualar, cualquier ventaja que sus empresas tuvieran en términos de eficiencias productivas eran vulnerables a mediano plazo en la medida en que el mercado mundial fuera verdaderamente libre. Una potencia hegemónica puede mantener su hegemonía a través de un mediano plazo sólo en la medida en que puede imponer restricciones institucionales a la libertad del mercado mundial que funcionen a su favor. Esas limitaciones pueden consistir en la obligación de abrir los mercados de otros países a los productos de la potencia hegemónica, manteniendo a la vez sus propios mercados relativamente cerrados en caso necesario. Los acuerdos para canalizar transacciones comerciales y financieras *via loci* en el poder hegemónico son otro constreñimiento de este tipo. Otra limitación es la imposición de una moneda de intercambio mundial como último recurso. Y la exigencia política de estar implicada en todas las decisiones del sistema-mundo, sin un derecho recíproco por parte de otros poderes, es otra más.

La imposición de restricciones institucionales requiere el uso juiciosamente combinado de fuerza, soborno y persuasión ideológica. Llegado ese momento, la supremacía militar es esencial. La fuerza ha de ser suficiente como para que en la mayoría de los casos no sea necesario usarla; la mayor parte del tiempo, la simple amenaza debe bastar. La eficacia de la fuerza, cuando es desafiada activa y repetidamente, disminuye a lo largo del tiempo en virtud de los desafíos, aun cuando sean infructuosos. El soborno implica la captación de aliados útiles (o pseudoaliados) a cambio de su contribución a la fuerza efectiva, así como, por supuesto, de su apoyo político general. Y la persuasión ideológica es un

elemento clave para convencer a la población de la potencia hegemónica para que pague el precio de la supremacía militar, así como para persuadir a los cuadros y a las poblaciones de los países aliados de que los pros de la alianza son mucho mayores que sus contras e, incluso, para crear dudas entre las víctimas del sistema en cuanto a la aceptabilidad de sus quejas. Potencias hegemónicas sucesivas han tenido cada vez más éxito en esta tarea ideológica.

Pero a pesar del éxito relativo, las mismas políticas del poder hegemónico que prolongan la ventaja económica a través del "liderazgo" político son de hecho la causa final de la decadencia de la hegemonía. En ocasiones es necesario utilizar la fuerza, y el uso de la fuerza deslegitima al que la usa, incluso cuando tiene éxito. La fuerza tiene además un precio para el que la usa y, cada vez que se paga, crece la renuencia a pagarlo. El fortalecimiento de los aliados permite que éstos se fortalezcan frente a la propia potencia hegemónica. Y las justificaciones ideológicas de liderazgo, inevitablemente engañosas, tienden a desgastarse. Por todas estas razones, llega un momento en que el liderazgo ya no es automático, en que la persuasión se vuelve muy difícil y, tal vez lo más importante, en que el poder hegemónico ya no puede demostrar una eficiencia productiva mayor que la de sus rivales.

La decadencia de la hegemonía se percibe simultáneamente muy lenta y bastante rápida. Por una parte, de repente todos parecen notar que la autoridad de la potencia hegemónica está bajo grave amenaza y que el logro de su voluntad política ya no es automático. El poder hegemónico parece estar en apuros económicos, después de un largo periodo de prosperidad incuestionada. Y por supuesto, la percepción misma de esas debilidades las incrementa, ya que entonces hay otros que están dispuestos a actuar en el ámbito interestatal en formas que son marcadamente diferentes de aquellas en las que actuaron en el momento cumbre del poder hegemónico. Por otra parte, la decadencia parece muy lenta. El poder hegemónico, incluso cuando empieza a declinar, es aún sin duda el poder más fuerte (militar, política, económica y hasta culturalmente). Si bien no se sale con la suya automáticamente, sigue siendo difícil para cualquiera hacer cosas contra su voluntad. Si bien su liderazgo económico se reduce, aún parece (y es) muy rico.

Mucho del debate sobre cuánto tiempo dura la hegemonía, con frecuencia expresado como el debate sobre si una potencia dada está o no en "declive", es consecuencia de la ambigüedad de las primeras etapas de la decadencia. Es la vieja cuestión de si el vaso está medio vacío o medio lleno. En muchos aspectos, es un debate semántico. El hecho es que le toma mucho tiempo a un Estado determinado convertirse en poder hegemónico. Una vez que lo logra, su poder está en su punto culminante y sobre una especie de altiplano. Después, su poder empieza a menguar.

Toma casi el mismo tiempo que su poder mengüe del todo, que la adquisición plena de poder.

Analíticamente parece útil distinguir entre el periodo del altiplano y el de decadencia. En este ensayo restringimos la palabra "hegemonía" al periodo del altiplano, considerando que este uso es más claro. Pero es evidente que muchos de los mecanismos que el poder hegemónico ha instaurado durante su periodo cumbre sobreviven en el periodo de decadencia, aunque con eficacia disminuida. Ésta fue siempre la esperanza y la expectativa del poder hegemónico. Estos mecanismos son formas de retardar el inevitable declive y, de hecho, lo retardan. Por otra parte, creemos que es importante subrayar la brevedad del periodo del altiplano. El sistema de ciclos hegemónicos funciona de tal manera que la verdadera hegemonía existe a lo sumo durante una cuarta parte del tiempo. El fenómeno estadísticamente normal es la existencia de múltiples "grandes potencias" rivales, pero con la salvedad de que siempre hay dos, por lo menos, que hacen esfuerzos extenuantes por convertirse en el poder hegemónico sucesor.

También restringimos el uso de la hegemonía sólo a un poder cada vez y en relación con el sistema-mundo en su conjunto. Por tanto, no denominamos a las fuerzas regionales "hegemonías" locales, ya que esto no comprende el verdadero sentido de que el poder hegemónico, cuando hay alguno, establece también las reglas de cómo funcionan los bloques regionales. A principios del siglo XIX, Metternich estaba consternado por la capacidad de los británicos para limitar la capacidad de Austria para imponer su voluntad a los vecinos que desafiaban los principios de la Santa Alianza. Y en el mundo posterior a 1945, la URSS estuvo efectivamente limitada por las reglas del orden mundial de Yalta.

Han sido el ascenso y la caída cíclicos de los poderes hegemónicos los que han proporcionado el grado crucial de equilibrio a la política interestatal del sistema-mundo moderno, permitiendo con ello que los procesos de acumulación de capital prosiguieran sin graves impedimentos. Una hegemonía que durara demasiado tiempo hubiera empujado al sistema hacia su transformación en un imperio-mundo. Y un sistema que nunca viera el surgimiento de un poder hegemónico no hubiera tenido la posibilidad de crear los órdenes estables e interinos necesarios para maximizar la acumulación. Si la duración de un ciclo hegemónico ha sido mucho mayor que la de un ciclo Kondratief es porque la complejidad del orden hegemónico es mucho mayor que el monopolio de un sector dirigente. Cuesta mucho más tiempo establecerlo y es más destructivo manipularlo indebidamente. Pero el ritmo del ciclo ha sido crucial para la circulación de la energía psíquica colectiva que nosotros llamamos cohesión social del sistema como totalidad.

A pesar de todo el sistema-mundo moderno, como todos los sistemas, tiene tendencias seculares que lo mueven lejos del equilibrio y por tanto hacia una verdadera crisis en la que habrá una bifurcación. El sistema actual llegará a su fin para ser reemplazado por uno o más sistemas sucesores. Hay varias razones para creer que ya hemos entrado en esta fase y que es poco probable en consecuencia que haya otro ciclo hegemónico en la historia ulterior de este sistema. El funcionamiento del sistema-mundo moderno ha sido dependiente de tres fenómenos interrelacionados: un sistema interestatal relativamente estable, del que el sistema de ciclos hegemónicos ha sido el motor; un sistema de producción mundial sumamente fructífero, del que los ciclos de monopolio (los Kondratiefs) han sido el motor, y una cohesión social de los Estados soberanos, en especial de los que están en la zona nuclear. Lo que ha hecho posible esta cohesión social ha sido el establecimiento de Estados liberales que ofrecen sufragio, bienestar y un sentido de superioridad racial/nacional a su ciudadanía. Ligar todo esto entre sí ha sido una geocultura fundada en la ilusión del desarrollo universal y en la expectativa de la prosperidad general y la igualdad democrática en el horizonte de todos. Hay por lo menos siete importantes tendencias seculares que se combinan para hacer poco plausible que esta red interconexa de estructuras siga siendo viable.

1) El proceso de desarrollo capitalista es un proceso de polarización. La brecha entre los que son sus beneficiarios y los que no lo son ha ido creciendo durante quinientos años. Este hecho ha sido opacado al dirigir la atención a las unidades de análisis equivocadas, los Estados individuales en vez del sistema-mundo como totalidad. Incluso en los periodos A de Kondratief, cuando todos los fenómenos medidos parece que se mueven hacia arriba, la brecha relativa ha crecido y, en los periodos B, la brecha relativa en crecimiento se revierte en una brecha absoluta cada vez mayor. Aunque la tendencia a la polarización ha sido constante, ha crecido aún más en extensión. Además, la brecha económico-social ha sido reforzada, sobre todo en los últimos cincuenta años, por una brecha demográfica que vuelve la polarización no sólo más aguda sino también más visible. Entre otras consecuencias, ha creado una enorme presión migratoria del sur al norte que parece virtualmente indetenible. Pero esto a su vez tiene graves consecuencias políticas en lo que se refiere al funcionamiento del sistema-mundo.

2) Un elemento crucial en el funcionamiento del sistema ha sido, como hemos argumentado, la creación de estructuras de unidades domésticas semiproletarias con un fondo común de ingresos, que han sostenido el llamado histórico diferencial de salarios transnacional, tan necesario para que haya altos niveles de ganancia. No obstante, las necesidades periódicas de la economía mundial de demanda adicional efectiva, más las



presiones de los propios trabajadores, han llevado a una firme desruralización de la fuerza de trabajo que está en proceso de privar al sistema-mundo de su fuerza de trabajo de reserva. La fuerza de trabajo de reserva no sólo ha sido crucial para resolver los dilemas de la lucratividad, sino que ha sido un elemento clave para el mantenimiento de la cohesión social de los Estados, tendiendo los trabajadores recién incorporados socialmente a ser un pilar del patriotismo nacional. Una fuerza de trabajo desruralizada, insuficientemente empleada, conduce en cambio a enormes poblaciones llamadas marginales a las ciudades de todos los tamaños del sistema-mundo, con un problema de policía creciente que no está abierto a una solución estructural.

3) La ilusión liberal desarrollista se ha acabado. Su último y gran florecimiento fue en el momento cumbre de la hegemonía de Estados Unidos, en el periodo 1945-1970, cuando todos parecían seguros en todas partes de que, de un modo u otro, mediante un método político-económico u otro, su Estado se “desarrollaría” finalmente. La única lección clara de los últimos veinticinco años es que no es así y la mayoría de los Estados que habían realizado un empuje hacia adelante aparentemente significativo durante el periodo 1945-1970 han perdido relativamente desde entonces lo que habían ganado. Esto es igualmente cierto acerca de las

aparentes ganancias obtenidas en la reducción de desigualdades intraestatales, las cuales han resurgido agudamente en el periodo posterior a 1970. El resultado ideológico ha sido un viraje contra la geocultura liberal y su visión del Estado benefactor, que era un elemento importante en la cohesión social de los Estados.

4) La desilusión con el desarrollismo liberal, es decir con todo el marco ideológico desarrollado desde y como respuesta a la revolución francesa, ha estado acompañado o, más bien, se ha reflejado en la desilusión de los movimientos antisistémicos clásicos (liberación socialista y nacional), los cuales habían predicado el desarrollismo liberal disfrazado de revolución antisistémica. El derrumbe de esos movimientos ha eliminado uno de los mayores puntales del sistema de Estados liberales. El derrumbe de esos movimientos ha suprimido una de las fuerzas de contención más importantes ante los impulsos políticos de las clases peligrosas del mundo.

5) No obstante, a pesar de las mejores intenciones de sus protagonistas, el liberalismo ha fomentado la demanda de reestructuración democrática y de bienestar mensurable. Así pues, para decirlo simplemente, las demandas populares ante los Estados para que éstos proporcionen educación, salud y un razonable nivel de vida vitalicio a sus ciudadanos ha sido mucho mayor que antes y no muestra signos de disminución. Esto ha acarreado las llamadas crisis fiscales de los Estados, ya que hasta los más ricos consideran que no están en condiciones de responder realmente a esas demandas por muy legítimas que sean. Así pues, por primera vez en por lo menos doscientos años, y es probable que en quinientos, hay un intento real de reducir, tanto absoluta como relativamente, los gastos estatales en seguridad social, en su sentido amplio. Pero esas reducciones amenazan provocar el retiro de la legitimación a los Estados por parte del grupo que ha apoyado a las estructuras estatales con más fuerza, las llamadas capas medias. De este modo, la crisis fiscal de los Estados se convierte en la crisis política de los mismos. Esto vuelve a su vez mucho más difícil que una potencia hegemónica o, incluso, los grandes poderes en general, actúen para mantener el orden dentro del ámbito interestatal. La situación se agrava entonces considerablemente con la migración interestatal, y se refleja en un creciente desorden interno, muy exagerado en su percepción, pero que de todos modos destruye la cohesión. Esto lleva a la ruptura de la ciudadanía como una categoría que cubre a la abrumadora mayoría de las personas residentes en un Estado; estamos volviendo a un sistema en el que los Estados están formalmente estratificados en lo político, lo que a su vez refuerza las tensiones internas.

6) Quinientos años de producción en expansión (y de enorme desperdicio en el proceso) han conducido a un agudo problema ecológico, que sólo puede resolverse parcialmente mediante un enorme gasto de dinero y una considerable cantidad de dislocación social. ¿Pero quién pagará este

dinero si tal cosa se hace seriamente? Si son las empresas, se viciará la interminable acumulación de capital. Y si se logra reduciendo el bienestar popular, sería la última gota en la posibilidad de mantener la cohesión social de los Estados. La probabilidad mayor es que ninguna de ambas soluciones se intente, en cuyo caso las consecuencias físicas y de salud serán las destructoras del sistema-mundo.

7) Por último, el pilar más profundo de la geocultura ha sido la fe en la ciencia, tan difícil de construir y basada muy ampliamente en la capacidad de los científicos para contribuir al cambio tecnológico, el cual sostenía a su vez la expansión del sistema de producción mundial. Los científicos (newtonianos) de generaciones previas abusaron y vendieron fe en la pericia como racionalidad objetiva. Dentro de las filas de los científicos ha surgido la demanda de una revisión fundamental, de una nueva ciencia basada en el rechazo de la linealidad, en la imposibilidad de precisión, en la impredecibilidad de los fenómenos, aun cuando sean todos explicables y estén en la flecha del tiempo. A la vez, la desilusión en el falso universalismo de la ciencia newtoniana ha dado lugar a un profundo ataque cultural que ha asumido muchas formas (desde la religiosidad integrista hasta el desconstruccionismo y la validación por igual de todas las afirmaciones de verdad). No se trata aquí de analizar los temas epistemológicos, filosóficos y políticos puestos a discusión, sino simplemente de hacer notar hasta qué punto se están conmoviendo los cimientos del edificio cuidadosamente construido a lo largo de quinientos años.

El sistema interestatal, como el sistema de los Estados, era parte y parcela de un sistema-mundo singular, la economía-mundo capitalista, que se construyó inicialmente en Europa a finales del siglo XV. Este sistema ha sido extraordinariamente exitoso y capaz de expandirse geográficamente hasta cubrir todo el globo, el primer sistema histórico en lograrlo en la historia de la humanidad. El sistema, como todos los sistemas sociales históricos, ha sido complejo. Sus partes no han sido entidades aisladas y autónomas, y no se las puede analizar inteligentemente si se contemplan de ese modo.

El sistema-mundo moderno está en proceso de llegar a su fin. Esto no es *per se* bueno ni malo; todo depende de lo que se construya en su lugar. No obstante, es poco probable que el sistema sucesor tenga un sistema interestatal del tipo que ahora conocemos, ya que es bastante improbable que la estructura de Estados soberanos sobreviva. Como estamos en una etapa temprana de este proceso de transición y su curso no está predefinido, nuestros insumos individuales y colectivos importarán mucho. En efecto, estamos llamados a construir nuestras utopías y no sólo a soñar con ellas. Algo se construirá. Si no participamos en la construcción, serán otros los que la determinen por nosotros.

## BIBLIOGRAFÍA

La elaboración de la perspectiva de los sistemas-mundo se puede encontrar en numerosos volúmenes. Para la estructuración histórica del sistema-mundo moderno, incluidas sus estructuras interestatales, véase Immanuel Wallerstein, *The modern world-system*, 3 vols., Academic Press, 1974, 1980, 1989; véase también Giovanni Arrighi, *The long twentieth century*, Verso, 1994. La lectura de Fernand Braudel, *Capitalism and civilization, 15th-18th century*, 3 vols., Harper & Row, 1981, 1982, 1984, será inmensamente provechosa. Y para un enfoque algo diferente de cualquiera de los mencionados, véase George Modelski y William R. Thompson, *Seapower in global politics, 1493-1993*, University of Washington Press, 1988.

Para una discusión de si el sistema interestatal opera o no según una lógica diferente de la economía-mundo capitalista, véase Christopher Chase-Dunn, "Interstate system and capitalist world-economy", *International Studies Quarterly*, vol. XXV, núm. 1, marzo 1981. Sobre el concepto de hegemonía, en tres variedades de exposición, véase Immanuel Wallerstein, "The three instances of hegemony in the capitalist world-economy", en *The politics of the world-economy*, Cambridge, 1984; Giovanni Arrighi, "The three hegemonies of historical capitalism", y Terence K. Hopkins, "Note on the concept of hegemony", *Review*, vol. XIII, núm. 3, verano 1990. Para cambios recientes en el sistema-mundo, véase Immanuel Wallerstein, *Geopolitics and geoculture*, Cambridge, 1991.

Para análisis estructurales del funcionamiento del sistema-mundo, véase Christopher Chase-Dunn, *Global formation*, Blackwell, 1989, y Peter J. Taylor, *Political geography: World-economy, nation-state, and locality*, 2a. edición, Longman/Wiley, 1989. Para análisis de la geocultura y sus actuales dilemas, véase Immanuel Wallerstein, *Unthinking social science*, Polity, 1991. Para análisis de estructuras de unidades domésticas en la economía-mundo, véase Joan Smith e Immanuel Wallerstein (comps.), *Creating and transforming households*, Cambridge, 1992.

Para una discusión sobre ciclos (tanto hegemónicos como de Kondratief), véase Joshua S. Goldstein, *Long cycles*, Yale, 1988. Para otro punto de vista sobre ciclos hegemónicos, véase George Modelski, *Long cycles in world politics*, University of Washington Press, 1987. La presentación original de los ciclos Kondratief puede verse en Nikolai Kondratief, *The long wave cycle*, Richardson & Snyder, 1984.

Por último, no hay que olvidar tres viejos volúmenes: Ludwing Dehio, *The precarious balance*, Knopf, 1962; Frederic Lane, *Profits from power*, SUNY Press, 1979, y Josef V. Polisensky, *The thirty years' war*, University of California Press, 1971.